

Un libro desvela la falsificación de la arquitectura histórica

LUIS ALEMANY

MADRID.- «Podemos clonar ovejas. No tiene nada de raro que se clonen edificios. Si lo piensa, el caso es que ya estamos rodeados de clones». Lo cuenta Ascensión Hernández Martínez, autora de *La clonación arquitectónica* (Siruela), un instante antes de hacer un censo de *cyborgs* de piedra: el Campanile de la plaza de San Marcos de Venecia, el Pabellón Mies van der Rohe de Barcelona («que no es de Mies y no debería llamarse así»), el Poble Espanyol de Montjuïc, la Frauenkirche de Dresde, el casco histórico de Varsovia...

Todos éstos son los personajes del libro de Hernández Martínez, una reflexión escrita «desde la fascinación», pero también desde la actitud crítica hacia las réplicas, falsificaciones y, en ocasiones, estafas arquitectónicas que pueblan las ciudades. «Hay que preocuparse, sobre todo, porque, al mismo tiempo, hay una desprotección absoluta y muy dolorosa del patrimonio arquitectónico».

Y ahí aparecen los otros personajes de *La clonación arquitectónica*: las admirables obras de Konstantin Melnikov que se derriban, una a una, en Moscú; el Palacio de la República Democrática Alemana en el Mitte berlinés, sentenciado a dejar su sitio a un pastiche que copiará el viejo Palacio Real berlinés; los laboratorios Jorba de Miguel Fisac, golpeados a traición a finales de los 90...

Escepticismo

Y esa paradoja, ¿cómo se explica? «Todo esto tiene que ver con la crisis de la arquitectura y con el escepticismo que despierta. Igual que en el siglo XIX, cuando todo era neogótico, neomudéjar o *neoloquesea*», cuenta la autora. «Es la consecuencia del superávit de imágenes con las que vivimos. La gente desconfía de ellas».

También hay razones más mundanas que explican por qué se clona arquitectura. «La primera es sociológica. Un ejemplo es el del centro de Varsovia (arrasado durante la II Guerra Mundial). Es evidente que los polacos necesitaban reconstruir la ciudad tal y como fue por una cuestión de supervivencia. Necesitaban el casco de Varsovia para seguir existiendo como pueblo. Más extraño es el caso de la Frauenkirche de Dresde... ¿Qué necesidad había de volver a levantarla? Cuando fui a Dresde, llegué a la conclusión de que la gente emprendió esa obra como un desquite contra la Historia y contra los tiempos de la RDA».

«La segunda razón», continúa Hernández Martínez, «tiene que ver con el lucro. Los circuitos turísticos urbanos son un negocio y si hay que enriquecerlos con *neomonumentos*, se enriquecen».

Al final, toda esa argumentación conduce a una última pregunta: ¿para qué nos sirve el patrimonio histórico, artístico y arquitectónico? ¿Para disfrutar de paisajes pintorescos? ¿Para dejar huellas de uso y disfrute exclusivo de los historiadores? ¿Para enriquecer la vida diaria? «Eso es lo que plantea el libro. No hay respuestas definitivas, pero la pregunta por sí sola ya es fascinante», dice la autora.